

bra, la religion natural. Siempre ha combatido á los ateos. *Voltaire por sí solo ha atraído tal vez á Dios más adoradores que todos los moralistas y todos los predicadores juntos.* El rey de Prusia tenía las mismas ideas, y se comprende bien lo que ha querido decir: pero su pensamiento hubiera quedado expresado con más exactitud de esta manera:

Il terrassa l'erreur et la superstition (1) (a).

IX.

Voltaire, contestando al libro de los *Tres Impostores*, dice:

*Si les cieux, dépouillés de son empreinte auguste,
Pouvaient cesser jamais de se manifester,
Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer* (2) (b).

El poeta escribe á otro poeta, Saurin: «Os agradezco que os guste este verso: *Si Dios no existiera sería necesario inventarlo.* Pocas veces quedo satisfecho de mis versos, pero confieso que siento hácia éste la ternura de un padre» (3). La idea de Dios es la que más frecuentemente reaparece en los innumerables escritos de Voltaire; ¿no es ésta una prueba de que constituye en él una convicción profunda y una convicción que desea comunicar á los demás? ¿Cómo es pues que este defensor obstinado de la existencia de Dios es considerado generalmente como el patriarca de los incrédulos?

Los primeros cristianos eran considerados como ateos por los defensores del paganismo, porque rechazaban las divinidades del Olimpo. En este sentido también Voltaire es un ateo, porque sostiene la existencia de Dios, pero no admite el Dios de los cristianos. «Es evidente, dice, que en la moral vale más reconocer un

(1) CONDORCET, *Notas sobre Voltaire* (Obras, t. VII, p. 149).

(a) Derribó por tierra el error y la superstición.

(2) *Poesías* (Obras, t. XI, p. 229).

(b) Si los cielos pudiesen perder su carácter augusto, si pudieran alguna vez dejar de manifestarse, si Dios no existiese, sería necesario inventarlo.

(3) *Carta* de 20 de Noviembre de 1770 (Obras, t. LV, p. 418).

Dios que no admitir ninguno. Todos los hombres tienen ciertamente interes en que haya una Divinidad que castigue lo que la justicia humana no puede reprimir; pero también es claro que valdría más no reconocer dios que adorar uno bárbaro, al cual se sacrificasen hombres, como se ha hecho en tantas naciones.» Voltaire llega hasta decir que preferiría los ateos á los supersticiosos: «Podré esperar, seguramente más justicia de aquel que cree en Dios que de aquel que no cree en él; pero no podré esperar más que amargura y persecucion del supersticioso. El ateísmo y el fanatismo son dos monstruos que pueden devorar y desgarrar la sociedad; pero el ateo, en su error, conserva su razon, la cual le corta las uñas, al paso que el fanático está atacado de una locura continua que afila las suyas» (1).

El Dios que Voltaire no quiere es el Dios de los teólogos. Sin embargo, la teología tiene la pretension de ser la ciencia de Dios. Voltaire es más modesto; confiesa que no comprende la esencia de la divinidad: «Espinosa mismo, dice, admite una causa primera, una inteligencia suprema. ¿Porqué quereis ir más léjos que él y sumergir, por un necio orgullo, vuestra razon en un abismo á donde Espinosa no se ha atrevido á bajar? Sería una extremada locura negar la existencia de un eterno geómetra. Pero ¿dónde está el eterno geómetra? ¿está en un lugar determinado, ó en todo lugar sin ocupar espacio? Yo no sé nada. ¿Ha creado de su propia sustancia todas las cosas? No lo sé. ¿Es inmenso, sin cantidad y sin cualidad? No lo sé. Todo lo que sé es que debemos adorarle y ser justos.» Los teólogos no quieren confesar su ignorancia: ¿son por eso más sabios? Dirán que es una inconsecuencia para un deísta admitir un Dios que no comprende, cuando rechaza los misterios del cristianismo porque son incomprensibles. Voltaire responde á esto en una instruccion dirigida á un príncipe: «Toda la naturaleza os ha demostrado la existencia de un Dios supremo. Dejad á los topos, enterrados bajo el césped, que nieguen si se atreven, la existencia del sol» (2). Escribe á madame du Deffand: «Nuestra tierra es un templo de la Divinidad. Yo

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Ateo* (Obras, t. XXXIV, p. 31, 33).

(2) VOLTAIRE (Obras, t. XXVI, p. 110).

estimo mucho á todos los que quieren limpiar este templo de todas las abominaciones que lo manchan, pero no apruebo que se quiera arrasar el templo» (1).

Voltaire hace una guerra á muerte al ateísmo lo mismo que á la infame. No hay á sus ojos mayor estupidez. Dice y repite en verso y en prosa:

« Je ne puis songer
que cette horloge existe et n'aît point d'horloger » (a).

«Si un reloj prueba un relojero, si un palacio revela un arquitecto, ¿cómo, en efecto, el universo no ha de demostrar una inteligencia suprema? ¿Qué planta, qué animal, qué astro, qué elemento no lleva el sello de aquel á quien Platon llamaba el eterno geómetra? Me parece que el cuerpo del animal más pequeño demuestra una profundidad y una unidad de plan que deben á la vez arrebatarnos de admiración y aterrar nuestro ánimo. No solamente ese débil insecto es una máquina, cuyos resortes todos están hechos exactamente el uno para el otro; no solamente ha nacido, sino que vive mediante un arte que no podemos imitar ni comprender; su vida tiene una relación inmediata con la vida entera, con todos los elementos, con todos los astros cuya luz llega hasta él. El sol le calienta, y los rayos emanados de Sirio, á cuatrocientos millones de leguas más allá del sol, penetran en sus pequeños ojos, según todas las reglas de la óptica. Si no hay en esto la inmensidad y la unidad de plan que demuestran un fabricante inteligente, inmenso, único, incomprensible, demuéstrenos lo contrario; esto es lo que no se ha hecho nunca. Platon, Newton, Locke, han admirado igualmente esta gran verdad» (2).

En el siglo XVIII apareció un libro famoso, en el cual se predica el ateísmo con una especie de entusiasmo, el *Sistema de la naturaleza*. Voltaire pregunta en una de sus poesías: «¿Qué te parece este libro?» y responde: «Me ha fastidiado mucho.» Esta era una terrible sentencia contra el predicador anónimo, porque el género

(1) Carta de 1773 (*Obras*, t. LVI, p. 267).

(a) Yo no puedo creer que este reloj exista y no tenga relojero.

(2) *Las Cábala*s, sátira y notas (*Obras*, XII, p. 219 y 225).

fastidioso es el que más detestaba Voltaire. En sus cartas, Voltaire insiste con frecuencia sobre el *Sistema de la naturaleza*, y lo condena siempre con gran severidad. «Es una obra de tinieblas, dice, es una perpétua declamación.... Sobran en este libro las tres cuartas partes de las palabras.... Este maldito libro del *Sistema de la naturaleza* es un pecado contra naturaleza.... Es muy imprudente predicar el ateísmo; pero por lo menos se debe cuidar de no tener escuela en las casas de locos.... A veces confunde sus cinco sentidos con el buen sentido» (1). Voltaire no se contenta con esta reprobación general. En su *Diccionario filosófico* sigue paso á paso los razonamientos del filósofo ateo, y no encuentra en ellos más que afirmaciones huecas y altisonantes. El autor habla como un sacerdote *ex cátedra*, como inspirado: «¿Basta, pues, con decir no hay Dios, para que se os crea bajo vuestra palabra? Cuando se tiene la osadía, dice Voltaire, de asegurar que no hay Dios, que la materia obra por sí misma, por una necesidad eterna, es preciso demostrarlo como una proposición de Euclides; pues de otro modo, dejais fundado todo vuestro sistema en un quizás. ¿Qué fundamento para el asunto que más interesa al género humano!» Voltaire hace al autor una objeción que puede dirigirse á todos los que creen atacar los principios fundamentales de la religión, cuando solamente destruyen una forma religiosa, el cristianismo tradicional: «El autor combate con éxito al Dios de los escolásticos, un Dios compuesto de cualidades discordantes, un Dios al cual se atribuyen, como á los de Homero, las pasiones de los hombres; un Dios caprichoso, inconsecuente, vengativo, absurdo; pero no puede combatir al Dios de los sabios. Los sabios, contemplando la naturaleza, admiten un poder inteligente y supremo» (2).

Voltaire emitió el mismo juicio respecto del *Cristianismo desmascarado*, atribuido unas veces á él mismo, otras al baron d'Holbach. «Es enteramente opuesto á mis principios, escribe á una dama libre pensadora. Este libro conduce al ateísmo, que yo detesto. Siempre he considerado al ateísmo como el mayor extravío

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la filosofía del siglo XVIII*, t. I, p. 102.

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Dios* (*Obras*, t. XXXV, 148, 153).

de la razón» (1). Los ateos valen en general más que sus libros; la razón consiste en que no son ateos más que por oposición á una religión positiva, á creencias supersticiosas. Voltaire reconoce que hay ateos virtuosos; cita á Epicuro y á Atico, el amigo de Cicerón. Lo mismo sucede en los tiempos modernos; tal fué el famoso magistrado des Barreaux, el cual, habiendo hecho esperar demasiado tiempo á un litigante, le pagó de su peculio la cantidad que reclamaba. «Pero, añade Voltaire, póngase á esos dulces y tranquilos ateos en puestos muy importantes, en las facciones; póngáelos frente á César Borgia ó Cromwell, ó simplemente frente á un cardenal Retz: ¿creéis que no se harán tan malos como sus adversarios? Véase en qué alternativa se los coloca: ó han de ser imbéciles ó perversos. Sus enemigos los atacan por medio de crímenes; ó se defienden con las mismas armas, ó perecerán. Ciertamente sus principios no se opondrán á los asesinatos, á los envenenamientos que les parezcan necesarios. Una sociedad particular de ateos que pasan tranquilamente sus días en las dulzuras del placer, puede durar por algún tiempo sin dificultad; pero si el mundo estuviese gobernado por ateos, tanto valdría estar bajo el imperio inmediato de esos seres infernales que se nos suelen pintar encarnizados contra sus víctimas» (2).

Voltaire hacía algunas veces una concesión á los ateos, diciendo que valían más que los supersticiosos. Esto era verdad respecto de los enciclopedistas sus amigos, y aún de los partidarios de d'Holbach. Pero esto no le impidió reprobar el ateísmo de una manera absoluta. «No tiene nada de bueno», escribe Voltaire á un marqués que sentía inclinación hacia la filosofía de moda. Un hombre de bien puede ciertamente atacar la superstición y el fanatismo; puede detestar la persecución; presta un servicio al género humano si propaga los principios humanos de la tolerancia; pero ¿qué servicio puede prestar propagando el ateísmo? ¿Serán los hombres más virtuosos por no reconocer un Dios que ordena la virtud? Indudablemente que no. Yo quiero que los prin-

(1) Carta de 15 de Diciembre de 1766 á madame de Saint-Julien (Obras, t. LIII, p. 551).

(2) Homilía sobre el ateísmo (Obras, t. XXIX, p. 432-434).

cipes y sus ministros lo reconozcan, y, si puede ser, un Dios que castigue y que perdone. Sin este freno, los consideraré como animales feroces, que, ciertamente no me comerán después de un gran festín, cuya digestión hagan tranquilamente sobre un canapé con sus queridas; pero que de seguro me comerán, si me cogen entre sus garras un día que tengan hambre, y que, después de haberme comido, ni siquiera creerán haber cometido una mala acción; ni aún se acordarán de haberme tenido entre sus dientes, cuando tengan otras víctimas» (1).

X.

¿Qué diremos de la audacia de los escritores católicos que se atreven á acusar á Voltaire de ateísmo, cuando aquel genio prodigioso pasó su vida defendiendo la existencia de un Sér Supremo contra sus propios amigos? ¿cuando combatía el ateísmo en verso y en prosa, en sus cartas y en sus obras filosóficas? Ya sabemos su vulgar respuesta: el Dios de Voltaire no es el Dios verdadero. No hay para qué decir que el Dios de estos señores es el único Dios verdadero; cuando hablan, habla la verdad eterna por su boca. La preocupación está tan profundamente arraigada en todos los que se llaman cristianos, que hasta los reformados, y entre éstos las inteligencias elevadas, se dejan influir por el orgullo del creyente cuando juzgan á Voltaire. Hemos citado muchas veces al pastor Vinet. Se apodera del verso favorito de Voltaire:

Si Dieu n'existait pas il faudrait l'inventer;

y hace, por decirlo así, su parodia: «Verdaderamente, dice, el Dios de Voltaire es un Dios inventado, un Dios imaginado, según las necesidades de la sociedad. El pueblo no puede prescindir de esta creencia: á Voltaire le parece razonable, especiosa: la idea de Dios tiene importancia, conservemos la idea de Dios. Este teísmo es cuestión de buen sentido. El buen sentido de Voltaire, y no

(1) Carta de 16 de Abril de 1763 al Marqués de Villeville (Obras, t. LIV, p. 532).